

# Crónica de ambos Mundos.

REVISTA SEMANAL

HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID

DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS, INDUSTRIA Y COMERCIO.

AÑO II.

DOMINGO 9 DE MARZO DE 1862.

NÚM. 922.

## REVISTA POLITICA.

La semana que acaba de trascurrir ha sido muy estéril en acontecimientos políticos, tanto en España como en el extranjero.

Consagrada su primera mitad en Madrid, á las fiestas del Carnaval, y la segunda á descansar de las fatigas por ella producida, no tuvieron lugar los asuntos políticos, para adquirir ningun género de desarrollo.

Verdad es que apenas pueden tenerse mientras que no se modifique de algun modo, la situacion politica del país.

El pueblo que para nada se mezcla en las luchas que entre sí sostienen los partidos, deplora en los pocos momentos que sus ocupaciones le permiten pensar en lo que sucede por las regiones oficiales, la ineptitud de sus actuales gobernantes, comprende y ansía otros ministros mas resueltos, mas inteligentes y sobre todo mas liberales que los que hoy rigen sus destinos, se avergüenza en lo íntimo de su alma de que España no ocupe aun el lugar que de derecho le corresponde, conoce harto bien que de que esto no suceda, nadie tiene la culpa, mas que el que con su poca habilidad, seamos francos, con su torpeza, nos ha metido en una porción de atolladeros sin salida, que han hecho sea infecunda hasta ahora la sangre vertida por nuestros hermanos, y no ignora, por último, que en cuanto á adelantos morales y políticos estamos enteramente como estábamos hace un grande número de años.

A pesar de esto el pueblo español, que se ha visto burlado tantas veces con engañadoras promesas, y que está cansado de servir de escalon para que se encumbrasen unas cuantas personalidades, sufre y tolera esta administracion que le va desangrando poco á poco, al paso que destruye por completo el espíritu público, porque recuerda otras administraciones aun peores, ó por lo menos mas violentas, y en una palabra, porque el pueblo español, segun la espresiva frase de un escritor francés contemporáneo, con tal que le dejen dormir, está contento, aunque sea de espinas el lecho en que se haya adormecido.

Los partidos políticos á su vez tienen que luchar contra tres obstáculos á cual mas difícil de superar. El cansancio y el abatimiento que producen cuatro años de continua oposicion. El fraccionamiento que los aniquila y que es debido en gran parte á esto mismo,

Y por último, el desaliento que produce el combatir uno y otro día contra una masa inerte, que no responde á los ataques, que encerrada en su indiferencia y su egoismo, desleña las inteligencias que tiene á su frente, se burla con cinismo de las derrotas morales que sufre á cada paso, y parapetada detrás de la fuertísima muralla que con el presupuesto del Estado se ha formado, deja que los enemigos consuman y agoten sus fuerzas, no oponiéndoles sino una resistencia puramente pasiva, que es la peor de todas las resistencias.

Estas son á nuestro juicio las únicas causas porque puede esplicarse la prolongada duracion de un ministerio, que como dijo un distinguido orador, fué calificado desde su aparicion de inverosímil, por las nulidades de que en su mayor parte se compone.

En el exterior nada tampoco que muy notable sea, ha ocurrido en la última semana.

Francia ha dado algunas señales de vida politica, con los apasionados debates que han tenido lugar en sus Cuerpos colegisladores; pero el Emperador que tiene en su mano y manda como amo, á todos los elementos de agitacion que aquel país encierra, les ha contenido á tiempo, diciéndoles «de ahí no pasareis.» Le convino, para preparar sin duda una solucion á la cuestion romana, dar alguna libertad al elemento revolucionario, y el principe su primo, pronunció dos discursos preñados de las pasiones del 93, y M. Renan pudo verter en una cátedra pública las doctrinas que sustentaba, y que tanto halagan al pueblo de Paris. Pero una vez conseguido ya su objeto, y despues de haber dejado brillar la chispa que amedrenta á los viejos gobiernos de la Europa, volvió á encerrarla hasta que necesite hacer de ella nuevo uso. Quiso dar una prueba de constitucionalismo, y acaso de debilidad porque así le convenia, para manifestarse amedrentado por el impulso que van tomando en Francia las ideas liberales, y el proyecto de pension al general Montauban, conde de Palikao, le suministró el mejor de los pretextos, haciendo como que doblaba su cabeza ante la decision del Cuerpo legislativo, y consiguiendo sin embargo lo que se proponia, por medio de otro proyecto de recompensar á todos los que se hubieran distinguido en la campaña contra China.

En Italia, se ha adelantado mucho y poco á un mismo tiempo. Mucho, si se considera que el ministerio



Ricassoli se hallaba ya sumamente gastado, y era preciso renovarle con otro que como el de Ratazzi, reanime las esperanzas del partido de accion, y deje vislumbrar en un término no lejano, sucesos que tengan por término la deseada unidad de la Península italiana. Pero si se atiende á la realidad de los hechos, y á que la cuestion romana, esa cuestion que se ha desnaturalizado por completo, haciendo de ella una cuestion religiosa, cuando nunca debió ser mas que exclusivamente política, no ha avanzado ni una línea hácia su desenlace.

La cuestion alemana, continúa en el mismo estado en que la encontramos al escribir nuestra última REVISTA. Austria persiste en que la Alemania le garantice las posesiones que tiene fuera de su territorio, y Prusia que se opone á esto y que trata de atraer á su comunión á los diversos Estados que compone la Confederacion germánica, hablándoles en nombre de las ideas liberales, cuya representacion monopoliza, incurre, sin embargo, en la contradiccion de no consentir que en las Cámaras de Berlin, se discuta si es ó no conveniente el reconocimiento del reino de Italia, que continuará pasándose sin él como hasta ahora.

La insurreccion griega en lugar de desaparecer como habia anunciado una parte de la prensa, ha tomado incremento, y segun las últimas noticias, el rey Othon se habia visto precisado á entrar en arreglo con los sublevados de Nauplia, á quienes ofreció una amnistia general si se sometian á su autoridad.

Empieza á preverse el próximo fin de la guerra que devora á los Estados de la Union Americana, no ya á consecuencia de las negociaciones que el otro dia manifestamos se habian entablado, sino porque los del Sur van perdiendo mucho del ardor con que comenzaron la lucha, y ya se dice que algunos de ellos han entrado en convenios para volver á incorporarse á los del Norte. La suerte de las armas se muestra ahora propicia á estos últimos, y si la expedicion de Burnside termina tan felizmente como empezó, y si la batalla que está próxima á darse en Manassas, se decide en favor suyo, puede darse ya por terminada aquella fratricida lucha.

## ESPAÑA Y MÉJICO.

RESEÑA HISTÓRICA DE LOS ANTECEDENTES QUE HAN  
QUE HAN OCASIONADO LA GUERRA ENTRE LAS DOS NACIONES.

(Continuacion.)

Gravisima y trascendental en sus efectos fué esta condescendencia, pues por lo mismo que se observó entonces con claridad que la energia y el temor eran los únicos medios de conseguir de Méjico lo que se deseaba, el gobierno español debió de haberse mostrado firme, y seguros estamos de que la llegada á Veracruz de algunos buques de nuestra escuadra, hubiera allanado todas las dificultades que nos oponia la mala fé y el odio encubierto de los mejicanos. Pero en vez de hacerse así comenzaron nuevas negociaciones y se permitió otra revision de los tratados, dando el carácter de legalidad y de justicia, á lo que solo como ridicula farsa y como atroz escarnio debió considerarse.

Celebróse al fin otro nuevo tratado en 12 de noviembre de 1853, y por él se fijó el capital de los cré-

ditos reconocidos en cinco millones novecientos mil pesos. Se destinó á su pago el 8 por 100 de la renta de las aduanas, dejando el 3 para pagar los intereses, y dedicando el 5 á la amortizacion del capital con una rebaja de mas de un 26 por 100. Se prohibieron los arreglos particulares entre el Estado y los acreedores, y desapareció la garantia consignada en el anterior tratado de admitir las obligaciones españolas en pago de contribuciones y derechos.

Cada vez iban restringiéndose mas las obligaciones del gobierno mejicano, y en esta porfiada lucha diplomática perdía España á cada paso nuevo terreno en su interés material y en su fuerza moral. Nada, sin embargo, nos ocurriria decir contra el convenio de 12 de noviembre si se hubiera guardado con fiel exactitud. En un principio hizo renacer las perdidas esperanzas de los acreedores españoles, sus créditos comenzaron á cotizarse con aprecio en el mercado, cobraron algunos intereses, pero ¿quién lo diria? los mismos interesados fueron esta vez los que dieron causa al gobierno mejicano para olvidar sus compromisos y faltar á la solemne palabra empeñada.

Habian constituido los acreedores españoles una junta general para tratar de sus intereses, y de su seno nombraron otra que se llamó *menor*, encargada de gestionar activamente cuanto tenia relacion con el tratado: pues bien, muy pronto comenzaron las rivalidades entre las dos juntas *mayor* y *menor*, y nuestro encargado de Negocios el Sr. Lozano y Armenta, en vez de procurar la union atizó la discordia, favoreciendo las pretensiones de los unos y oponiéndose á las reclamaciones de los otros. Aprovechóse sagazmente de la ocasion el gobierno mejicano, y declaró que suspenderia los efectos del tratado de 1853, mientras no se pudiesen de acuerdo las dos juntas y diesen de mano á su marcada hostilidad y oposicion. Conocieron aunque tarde los españoles su error, pero nada pudieron conseguir y nuevamente la revolucion vino á derribar al gobierno constituido, elevando sobre las ruinas de Santa Anna al presidente Comonfort, que desde luego se mostró encarnizado enemigo del tratado dejando en suspenso sus disposiciones. Los fondos destinados al pago de los créditos españoles se distrayeron con diverso objeto, y ningun caso se hizo de las justas y enérgicas reclamaciones que diariamente se levantaban de todos los ángulos de la conmovida y anárquica república. Pasaron de este modo algunos meses, y el gobierno español, con una apatía verdaderamente inconcebible, nada hizo para remediar el violento estado de las cosas hasta que decidió enviar al Sr. D. Miguel de los Santos Alvarez con algunos buques de guerra que apoyaran la justicia de nuestras reclamaciones. Era llegada la oportuna sason de remediar los pasados desaciertos de nuestra conducta, y de aprovechar el desquiciamiento moral y material de la república para reconquistar en ella la influencia y prestigio que habíamos perdido con tantas torpezas. Acaso así lo pensó nuestro gobierno, pero es lo cierto que el representante español, creyendo de buena fé las promesas de los mejicanos y juzgando indigna é inútil la intimidacion y la violencia, despidió los buques de guerra, y se quedó solo espuesto á todas las sutilezas, á todos los sofismas, á todos los engaños en que tan fértil es el espíritu de aquella raza degenerada con las mezclas y enervada con la voluptuosidad. Nuestro representante nada consiguió sino ser engañado, y tuvo el dolor de ver desaprobada su conducta por nuestro gobierno que lo llamó á España. Pero los mejicanos esta vez interpretaron como miedo nuestra condescendiente debilidad y el año 1856 los asesinatos de Cuantla y Cuernavaca y las depredaciones de todo género de que fueron víctimas los españoles, probaron al mundo como es fácil que una nacion degradada, olvidándose de sí misma y de lo que debe á la justicia y á la humanidad, manche



sus manos con inocente sangre y conculque todos los fueros de la razón y de la ley.

Horribles escenas de esterminio registra la historia mejicana en ese año de 1856, y cuando pasado algun tiempo selean sus detalles no se sabrá qué admirar mas, el lujo de barbarie desplegado por los cobardes asesinos, ó la paciencia y mansedumbre con que escuchó el gobierno español los desgarradores ayes de las victimas que las olas del Océano nos trasmitian avergonzadas.

España se limitó á interrumpir sus relaciones con Méjico; pero nuestros soldados no fueron á vengar la muerte de sus hermanos, y desde entonces los mejicanos que empezaron negando el pago de las deudas, y concluyeron asesinando á los acreedores que con sus reclamaciones les molestaban, creyeron que todo les estaba permitido tratándose de españoles á quienes el ancho manto de la patria no acertaba á proteger ni defender.

Los asesinatos de Tierra Caliente quedaron en su mayor parte impunes, y si se castigaron algunos fué en la persona de miserables instrumentos; que los investigadores pasearon libremente por toda la república, sus manos empapadas aún en la humeante sangre.

La constitucion de 1857 produjo en Méjico una nueva revolucion. Comonfort cayó y Zuloaga primero, Orallo mas tarde y Miramon despues escalaron audazmente el poder. El gobierno de Zuloaga, producto del llamado *plan de Tucubaya* consiguió ser reconocido por la Europa, y Francia é Inglaterra se ofrecieron como mediadoras para orillar las graves diferencias que separaban á Méjico de España. Ocupada la presidencia de Méjico por Miramon, el gobierno español aceptó la mediacion de las dos potencias europeas, y el 26 de setiembre de 1859 se firmó en Paris el tratado Mon-Almonte, llamado así por los dos embajadores que en representacion de Méjico y de España lo concertaron y firmaron. Sus principales disposiciones se reducian á restablecer en toda su forma y vigor el convenio de 12 de noviembre de 1853, á reconocer la justicia con que España habia reclamado el castigo de los asesinos de Tierra Caliente, á aceptar la obligacion de indemnizar á los españoles perjudicados, fijándose la cuantía de las indemnizaciones por los gobiernos de Francia é Inglaterra, y á determinar que las reclamaciones ocurridas desde 1853, serian objeto de arreglos ulteriores.

De esta manera parecia que quedaban para siempre terminadas las diferencias entre las dos naciones, y para que su reconciliacion fuera mas eficaz, y naciera de ella una verdadera amistad, el gobierno español pensó en enviar á Méjico un representante con el carácter solemne y elevadísimo de embajador. Acaso no fueran estos motivos los únicos que determinaron la creacion de una embajada en un país que tantos daños nos habia causado y que tantas veces nos hizo victimas de sus engaños; pero como el pensamiento del gobierno podia ser el de reconquistar la influencia que habiamos perdido, era bajo este punto de vista digno de alabanza el nombramiento del Excmo. Sr. D. Joaquin Francisco Pacheco para el cargo de embajador de España.

Sin embargo, algunos espíritus pensadores que miraban con recelo la situacion de Méjico, creyeron que era cuando menos prematuro y espuesto á graves inconvenientes el viaje del embajador español. En efecto, el gobierno de Miramon no se habia consolidado; un rival poderoso, Juarez, le disputaba la victoria, y este rival que en un principio se presentó tímido en Querétaro, habia emprendido una atrevida marcha apoderándose de Veracruz, la plaza marítima mas importante del golfo mejicano.

Las potencias que primero habian reconocido á Miramon estaban ahora dudosas, viendo que se nublaba la estrella del joven dictador, y alguna de ellas como

los Estados-Unidos, se declaró abiertamente por el gobierno de Juarez. España se encontraba solicitada por los dos gobiernos, pero creyendo tal vez, que Juarez nada conseguiria, no quiso reconocer su autoridad, y el Sr. Pacheco recibió para Miramon sus credenciales.

Antes de llegar al territorio mejicano, nuevos asesinatos de españoles aumentaron el largo catálogo de quejas que tenia que hacer valer nuestro embajador, y el apresamiento de la barca española *Concepcion*, verificado por el vapor *Indianola* de las fuerzas de Juarez, tuvo que unirse á los insultos que hacia tiempo sufría nuestro pabellon. Si entonces las fuerzas navales de España, estacionadas en Sacrificios, hubiesen echado á pique al *Indianola*, y presentándose en Veracruz en son de guerra, amenazando con un inmediato bombardeo sino se accedia á sus reclamaciones, nos hubiéramos evitado los bochornosos y tristes sucesos que ocurrieron despues y la guerra que hoy ha comenzado y que no sabemos cuándo concluirá.

Entre tanto, nuestro embajador llegaba á Méjico y era perfectamente recibido como cumplia á su elevado carácter y á sus distinguidas cualidades por el gobierno de Miramon, pero éste iba perdiendo terreno á medida que su competidor lo ganaba y los sucesos de Anton Lizardo y el levantamiento del sitio de Veracruz, fueron los golpes de gracia á los que sucumbió todo el poder y prestigio del joven general que tantas victorias habia conseguido sobre sus enemigos.

Encontróse entonces nuestro embajador en una anómala y difícil posicion, justificando así los recelos de los que prudentemente se opusieron á la embajada, y cuando evacuada Méjico por Miramon, entraron en ella los generales de Juarez, su primer cuidado fué espulsar al embajador español del territorio de la república en compañía de los representantes de otros Estados pequeños y de escasa importancia. No espulsaron, no, á los representantes de Inglaterra y Francia, porque estas poderosas naciones están muy acostumbradas á hacerse respetar aun en las mas difíciles circunstancias; pero España habia dado tales muestras de debilidad y de inercia, que no vacilaron los mejicanos en insultarla públicamente á la faz del nuevo y del antiguo mundo. Era ese proceder muy cómodo para los mejicanos, pues no solamente contaban como otras veces con la impunidad, sino que se libraban de cumplir el tratado Mon-Almonte, y de pagar las deudas que los españoles reclamaban. El nuevo gobierno de Juarez desde la retirada del embajador español no ha cesado de perseguir á los españoles, y acaso hubiera conseguido su total ruina y esterminio, como tal vez se habia propuesto, á no ocurrir un incidente que no vacilamos en calificar de providencial, porque solo la Providencia cansada de tanto crimen pudo hacer que sonara la hora de la espacion.

El gobierno de Juarez no contento con apoderarse de los fondos españoles exigiendo á estos crecidos préstamos forzosos, quiso hacer otro tanto con los de Francia, Inglaterra y los Estados-Unidos. No negó á estas naciones el derecho de cobrar como hizo con España; pero lo dejó en suspenso, y alentado por el buen éxito que con nosotros habia obtenido, trató de indagar si podria lograrlo idéntico con las demás naciones. Entonces Inglaterra y Francia se dispusieron á hacerse justicia por su propia mano, y convencidas de que en Méjico solo gobierna el mas audaz, decidieron intervenir por las armas en la mejicana anarquía, que hacia tantos años se perpetuaba con escándalo de la civilizacion y con peligro de la paz del mundo. El gobierno español se aprovechó de las circunstancias y lo que pudo hacer mucho antes solo, se decidió por fin ha hacerlo acompañado, uniéndose á la Francia y la Inglaterra y firmando con ellas el tratado de Lóndres el dia 31 de octubre de 1861.

Comprometianse por él las potencias interventoras



á reunir las fuerzas marítimas y terrestres indispensables para ocupar los puntos necesarios de la república mejicana; á no emplear estas fuerzas en distinto objeto que el de conseguir el pago de las deudas, la indemnización de los perjuicios, y la tranquilidad de los mejicanos; á no adquirir para sí territorio ni ventaja especial; á obrar siempre de comun acuerdo y á no coartar la voluntad de los mejicanos dejándolos escoger la forma de gobierno que mejor conviniere á sus intereses. En virtud de este convenio España hizo con rapidez sus preparativos, y una brillante escuadra, y un cuerpo de ejército lleno de generoso ardimiento zarparon de la Habana, y se presentaron delante de Veracruz apoderándose de la plaza y del castillo de San Juan de Ulúa, sin disparar un tiro porque las tropas mejicanas no osaron resistir. Al fin las fuerzas españolas se presentaban en Méjico después de sufrir mas de veinte años de continuos y repetidos insultos, y los desgraciados españoles vejados, perseguidos y maltratados saludaban con lágrimas de alegría la bandera española que aunque tarde llegaba á cubrirlos y ampararlos entre sus anchos y magestuosos pliegues.

Los ánimos imparciales comprenderán ahora si hay ó no razon para que España exija por las armas reparación de tanta ofensa, indemnización de tanto daño como ha sufrido desde 1836 en que con sin igual generosidad reconoció la independencia mejicana. Los que un día fueron sus hijos, han sido desde entonces sus mas crueles enemigos, y en prueba de ello, recordaremos siempre las fechas de 1847, 1849, 1851, 1855, 1856, 1859 y 1860. Cada año de estos encierra una lección elocuentísima y presenta á la historia una palabra olvidada, una promesa no cumplida, ó un feroz y sangriento insulto tolerado.

Los que duden de la justicia con que reclama España, lean la historia y quedarán convencidos, escuchen los lamentos que aun hoy llegan á nuestros oídos, y retrocederán horrorizados. España, parodiando un dicho célebre, puede decir que *la historia de Méjico es el martirologio de los españoles*.

Si la diplomacia es el engaño, no hay nación mas diplomática que Méjico; si la fuerza consiste en burlarse de la razon y la justicia, tampoco hay pueblo mas fuerte. Apresurémonos, sin embargo, á consignar que por fortuna la gran mayoría de los mejicanos, es estraña al inicuo proceder observado por su gobierno, y que la anarquía en que vive la debe á un puñado de aventureros que han logrado sobreponerse y atemorizar á todo un pueblo digno de mejores dias y destinado en la historia á un porvenir brillante y venturoso.

R. ALZUGARAY.

## COMERCIO INTERIOR Y EXTERIOR.

En el artículo que bajo el epigrafe *El Comercio*, publicamos en uno de los anteriores números de esta Revista, dejamos esplicada la teoria de la producción comercial, diciendo al concluir que nos restaba ocuparnos de su estudio práctico.

Como este se halla en relacion directa con los actos mismos que constituyen el comercio, y como por otra parte, la relacion que existe tambien entre el comercio interior y el exterior es grande, dedicaremos este artículo á la demostración de las doctrinas que mayores ventajas nos parecen ofrecer.

Inútil casi nos parece esplicar lo que se entiende por comercio interior y exterior, pues hacemos á nuestros lectores lo bastante instruidos para comprenderlo. Pero, como quiera que la Economía política, es una ciencia aun no muy conocida en España, daremos, aunque solo sea como un recuerdo, la definición que en la

misma se dá á estas dos clases de comercio. El comercio interior, por ejemplo, es el que se hace comprando mercancías en España para venderlas tambien en España, y el comercio exterior consiste en comprarlas en el extranjero para venderlas en nuestro país ó viceversa. Y, lo repetimos, damos esta definición aunque de paso, porque segun algunos hay otras especies de comercio, de las cuales no pensamos ocuparnos en el presente artículo.

Entraremos en materia.

Cuando la industria, aun en su infancia, era, por decirlo así, apenas conocida, el comerciante compraba sus mercancías en un punto y se trasladaba con ellas á aquel en donde creia poderlas vender con ventaja. Este era el sistema que se seguia en otro tiempo, y era el único que podia tambien emplearse, porque no existiendo apenas vías de comunicación, no habia otro medio de comerciar. Pero entonces el comercio se hallaba, si se nos permite la frase, reducido á su mas pequeña espresion, y no podia menos de ser así, cuando aun sus ventajas no se habian tocado, cuando aun se creia que el comerciante no era un productor, como el fabricante ó el labrador. Sin embargo, andando el tiempo, á medida que la antorcha de la civilización ha ido alumbrando á la humanidad, á medida que las ciencias han ido desarrollándose, á medida que las inteligencias iluminadas por el saber han ido comprendiendo el por qué de las cosas, sus ventajas ó sus inconvenientes, sus resultados verdaderos, sus consecuencias ciertas, el comercio desarrollándose por sí mismo ha ido adquiriendo importancia hasta llegar á ser, como lo es hoy, el ramo interesante y principal de la riqueza y bienestar de las naciones. Antes, el comercio se consideraba casi como un oficio degradante; los judíos que, en cierta época, llegaron á apoderarse de él casi por completo en España, eran mirados con el mayor desprecio, de la manera mas orgullosa y ofensiva. Ahora no sucede lo mismo. Por el contrario, el comercio es una carrera como otra cualquiera, tan honrosa, tan considerada, tan atendida como la que mas, y si en España no hay aun escuelas para ella, porque en nuestro país sucede en esto lo que en otras muchas cosas sobre las cuales no queremos detenernos ni es del caso tampoco mencionar, en Inglaterra y Francia, las hay, pudiendo citar particularmente en la capital de esta última nación *La escuela superior del Comercio*, donde se enseña todo lo necesario al comerciante, la Economía política, el derecho comercial, la teneduría de libros, el dibujo, la química, la física, la mecánica, la geometría y otros, haciendo del jóven que allí estudia, un hombre instruido, calculador y á propósito para dirigir las mas difíciles empresas comerciales.

Hoy un comerciante, desde su despacho, hace viajar las mercancías, las traslada de un punto á otro, compra, vende y realiza sus ganancias. Y esto se hace del modo siguiente: el comerciante de Madrid, por ejemplo, dá orden á un comisionista de Santander para que compre harinas y las espida á la Habana. El comisionista entrega los sacos de harina á un armador que siendo propietario de un barco, se encarga del transporte, mediante un flete ó precio que se conviene. El comerciante de Madrid consigna el cargamento á un comisionista de la Habana, dándole orden para que invierta el producto en azúcar, y lo embarque con destino á Valencia. En este último punto, otro comisionista se encarga de la venta de las cajas de azúcar, y remite el producto al comerciante de Madrid, quien habiendo empleado diez mil duros, por ejemplo, en la compra de la harina, recibe diez mil quinientos por la enagenación del azúcar, y realiza un beneficio de quinientos duros, sin haber tenido necesidad de salir de su despacho. Su industria ha consistido en procurarse los precios corrientes de las mercancías en diferentes puntos del mundo, en combinarlo y calcular, en vista del



valor que tenían las harinas en Santander, del precio á que podían venderse en la Habana, de lo que allí costaba el azúcar, y á cómo podía realizarse en Valencia, el beneficio que le resultaría líquido, despues de pagados todos los gastos originados por los trasportes, la carga, descarga, compra, venta, etc.

Además de los comisionistas, sobre cuyo crédito y solvabilidad tiene buen cuidado de informarse el comerciante antes de confiarle sus intereses, hay otra porcion de agentes que le ayudan y sirven de intermediarios para diferentes operaciones. Los corredores y agentes de cambio que van de despacho en despacho, tomando nota de las mercancías á vender ó que se desea comprar, de las letras á negociar, ó de las que se necesitan para enviar fondos á otras plazas, de todo cuanto puede dar lugar á una transaccion, á un cambio, á un negocio, como vulgarmente se les llama, y proponen, aceptan, arreglan y cierran los tratos entre los comerciantes. Los banqueros, los comisionistas de transportes y otros que seria prolijo enumerar.

Todos estos diferentes agentes de las operaciones comerciales, hacen el comercio por la sola razon de que concurren á ellas, directa ó indirectamente. Los unos comercian por su cuenta y riesgo, esponiéndose á perder ó ganar; los otros trabajan mediante un salario al cual se dan los nombres de comision, corretaje, cambio etc., segun la especie del servicio que han prestado. Y tanto los unos como los otros, son productores que han trabajado, cada uno de una manera diferente, concurriendo al aumento de valor que se da á un producto, al ponerle de modo que se halle á mano de los consumidores, los cuales al pagar este escoso de precio no hacen sino recompensar la inteligencia, el trabajo y los cuidados que requieren las diferentes operaciones necesarias al resultado obtenido. Y no se quiere por esto decir que los comerciantes viven á espensas de los consumidores. Pretenderlo, como generalmente se hace entre las clases poco instruidas de la sociedad, seria un absurdo, seria lo mismo que decir, que los labradores viven á costa de las poblaciones. Ni el agricultor, ni el comerciante crean ningun producto; no hacen, tanto el uno como el otro, mas que modificar las materias sobre las cuales se ejerce su industria; el labrador facilitando á la tierra la reproduccion de sus productos, el comerciante trasportando las mercancías y colocándolas al alcance del consumidor. En último caso se quiere atacar hasta á los mercaderes en detalle, arguyendo que estos nada trasportan y no hacen sino comprar por mayor en los grandes almacenes ó fábricas para vender luego en pequeñas partidas. Pero en esto precisamente estriba el trabajo, el servicio que constituye el aumento de valor, pues es una nueva facilidad para el consumidor el poder comprar en porciones tan pequeñas cual se lo permite su fortuna; y no se diga que esto es paradoja, pues bien á la vista están las numerosas familias que, viviendo de un jornal ó de un sueldo, no pueden nunca comprar sus provisiones por mayor. De modo que, la mayor parte de los consumidores hallándose en la necesidad de comprar cada dia sus provisiones, ¿qué harian sino hubiera mercaderes al pormenor? Claro está, pues, que el atacar esta clase es tambien un absurdo.

Explicadas sucintamente las ventajas del comercio interior y su objeto, réstanos hacer lo mismo respecto al comercio exterior, antes de entrar á compararlos el uno con el otro. Se ha dicho muchas veces, que el comercio con el extranjero consiste en el cambio que hace un país de su superfluo, contra el superfluo de otra nacion. Autores muy célebres han sustentado este error, y basándose en él han escrito teorías que, no por venir de plumas tan autorizadas como las de Montesquieu, Dutot, Turgot, Dupont de Nemours, Mirabeau, padre, Savary y otros, dejan de ser menos falsas. Y esto no debe estrañarnos, porque la mayor parte de estos es-

critores, al hablar del comercio, se metieron á tratar de una materia enteramente estraña á sus estudios, y de la cual no podían tener el menor conocimiento práctico, como nos lo afirma J. B. Say, en su curso de Economía Política. La frase en cuestion, caracteriza equivocadamente el comercio exterior. Segun ella, seria dado suponer, que sean muchos ó pocos en número de cantidad, los pedidos de las demás naciones, nosotros fabricamos ó producimos siempre igual número de metros de damasco y de hectólitros de trigo, etc., y que solo vendemos aquello que nos sobra despues de cubiertas nuestras necesidades. Pero esto no es lo cierto. Las fábricas trabajan para satisfacer los pedidos, lo mismo que los campos, y si no los tuviesen no funcionarían, y por lo tanto no producirían. No hay, pues, ese superfluo de que se ha hablado, sino porque hallamos facilidad para venderlo, pues sino la hubiese, consagraríamos nuestras tierras, nuestros capitales y nuestra industria á otros productos, con preferencia á aquellos cuya abundancia, por muy pequeño que fuera el escoso, pudiese ocasionar una pérdida. El comercio exterior se reduce, haciendo abstraccion de los detalles para no considerar la idea sino en su parte principal y mas importante, á sustituir los productos nacionales con productos extranjeros, para el consumo, porque cada nacion, y este es un axioma de Economía política, no consume en realidad mas que el producto de su industria, sus capitales y sus tierras. Si estos productos se cambian por mercancías extranjeras, tendremos que, en último resultado, estos mismos productos vienen á ser los que se consumen bajo distinta forma. La ventaja real que en esto se encuentra, consiste esencialmente en que los gastos de produccion, son menos elevados y es siempre mas fácil y mas barato procurarse los productos extranjeros de esta manera, que no fabricándolos á mayor coste. Es, si, se nos permite decirlo así, emplear mas hábilmente nuestras facultades, y obtener con menos trabajo un resultado mucho mas ventajoso. Es la misma ventaja que se encuentra en no fabricar uno mismo sus botas y su traje, cuando hay medio de emplear mejor y mas productivamente las facultades intelectuales. Y desengañémonos; una nacion que se empeña en apropiarse de otra cualquiera una industria ú otra cosa análoga que ofrezca beneficio, no razona mejor que razonaria el particular que tratase de hacer los zapatos en su casa por no dar unos cuantos reales de ganancia al zapatero.

Pasemos ahora á comparar el comercio exterior con el interior, segun hemos indicado, á fin de demostrar las ventajas del último sobre el primero, y la mayor importancia que debe dársele.

En el primer tercio de este siglo, en el cual los adelantos de la navegacion, los estensos conocimientos geográficos y astronómicos que se poseen, la multitud de caminos y canales que cruzan en todas direcciones los países civilizados, han dado un prodigioso desarrollo á las comunicaciones de unos pueblos con otros, se dió generalmente una importancia mucho mayor al comercio exterior que al interior. Esta opinion vino luego á fortificarse con la que suponía que la riqueza consistia únicamente en la posesion de los metales preciosos. Como la mayor parte de los países de Europa no tenían minas de oro y plata, y los que las poseían, como España y Sajonia, producían muy poco, era natural que para procurárselos se volviese la vista al extranjero, único camino por el cual podia esperarse recibirlos. Se creía que el pueblo que quisiese prosperar, solo debia ocuparse en atraer los metales preciosos, sea por medio de un comercio directo con los países productores, sea indirectamente, vendiendo mercancías á las naciones que habían tenido la fortuna de procurarse las primeras oro y plata.

Algunos ejemplos de resultados brillantes parecían confirmar esta opinion. En efecto, ¿qué pueblos fueron



los primeros que ofrecieron á los ojos de la Europa sorprendida, mayor cúmulo de riqueza en la época del renacimiento de las artes, entonces que la humanidad, pareciendo despertar de un profundo letargo se lanzaba ufana y afanosa en pos de la antorcha del saber que brillaba de nuevo ante el mundo atónito? Pueblos todos que habían traficado con el extranjero, Venecia, Toscana, Génova, las ciudades llamadas anseáticas. Y en estas ciudades, ¿quiénes eran los comerciantes que habían adquirido mayores fortunas? Los que traficaban con el extranjero.

Sin embargo, la experiencia y un estudio mas reflexivo de la naturaleza de este asunto han hecho que los hombres rectifiquen sus ideas respecto á él, no porque fuese insignificante el comercio de las ciudades y de los hombres que en él se ocupaban, sino porque reconocidas las causas de esta opulencia, se ha visto que era debida mas bien á una especie de monopolio que á la naturaleza misma de sus operaciones. Pues aun cuando sus beneficios aparecían ser enormes por hallarse acumulados en algunos pocos y en ciertos puntos, eran, sin embargo, mucho menos importantes que los que reportaban las demás industrias, las cuales, por hallarse diseminadas en la nación entera, no presentaban de pronto una cifra tan elevada ni se ofrecían á los ojos de los pueblos con el mismo aparato de lujo y de fausto. Ya que hemos hablado de monopolio, vamos á ocuparnos un poco de él, para explicarlo y destruir, si á tanto alcanzan nuestras fuerzas, las equivocadas ideas que generalmente se hallan difundidas sobre este asunto. El monopolio no fué establecido por leyes positivas; nació de las circunstancias, nos lo trajeron las cruzadas, las nuevas necesidades contraindadas por los nobles y los ricos, que la industria aprendió bien pronto á satisfacer. Estas empresas caballerescas de la cristiandad, abrieron las comunicaciones entre los orientales y la Europa, relaciones de las cuales esta había de sacar gran provecho, pues no íbamos á combatir con los moros bárbaros, sino con el pueblo sarraceno, que se encontraba entonces mas civilizado que Francia, Inglaterra, Alemania y España, y al mismo tiempo nos acercábamos á las antiguas naciones industriales del Asia.

Así sucedió, que los puertos y ciudades que se encontraron ser los intermediarios de estas nuevas comunicaciones, tan lucrativas como poco conocidas, vinieron naturalmente á ejercer una especie de monopolio.

Pero este monopolio, como hemos dicho, como lo vemos explicado, nació de las circunstancias, y por lo tanto, aun cuando realmente lo era, no ha podido ni puede atacársele. El monopolio verdadero, aquel que hace tiempo viene siendo el blanco de todos los odios y de todas las iras de los pueblos, es el monopolio del trigo, el acaparamiento, como tambien se le llama.

Este consiste en apoderarse por medio de compras considerables, de la totalidad ó de la mayor parte de un grano para suprimir la concurrencia y poder imponer condiciones á los consumidores. Se ejerce sobre los granos unas veces, sobre los medios de produccion otras; pero de el que principalmente queremos ocuparnos es del primero, por ser el que mas interesa definir y explicar en sus resultados y consecuencias, pues sobre él cae con todo su peso la animadversión de las preocupaciones populares, y el anatema de la clase proletaria.

Lo que mas escita el furor de la clase trabajadora, tan merecedora cuanto poco atendida, es el acaparamiento de los trigos que hacen algunos capitalistas para venderlos despues cuando su escasez los hace pagar mas caros, y hay, por lo tanto, medio de realizar grandes beneficios.

Esta es una idea especiosa, un argumento en apoyo del cual se cita un hecho histórico del siglo XVIII, el pacto de familia, por el cual, haciéndose en grande el

acaparamiento de los trigos, hallaban medio los gobiernos que en él tomaron parte, de procurarse considerables recursos. Y precisamente á combatir esta preocupación es á lo que venimos, á lo que se consagra la Economía política, para demostrar cuánto se alejan del camino de la verdad, aquellos que siguiendo la falsa senda trazada por Rossi, Turgot y otros célebres economistas.

Haremos una pregunta: ¿Cuál es el objeto del comerciante? Realizar un cierto beneficio que le pague de su trabajo y le resarza de sus sacrificios; es decir, que su objeto es el mismo que el del labrador, el del industrial, el de todo trabajador. Ahora bien. El comerciante no puede conseguir sus deseos sino á condicion de que haya pedidos, á condicion de que el precio del trigo sea en todas partes bastante á pagar los gastos de produccion, á condicion de que este mismo precio no sea tan elevado en algunos puntos que permita realizar ganancias demasiado considerables. De este modo es como el comerciante puede hallar ventaja en acaparar, y entonces el beneficio es para él, y al mismo tiempo para el consumidor. Nos explicaremos. El comerciante que quiere acaparar no irá seguramente á hacer sus compras allí donde la escasez del trigo lo haga pagar mas caro, sino á los puntos en que su abundancia sea causa de la disminucion del precio. Y, ¿para qué hace esto el comerciante? Para trasportar el sobrante de una poblacion ó de una provincia á otra provincia ó poblacion donde esté haciendo falta, y donde con la llegada de mayores cantidades de trigo, baja el precio del mismo, y pueden los consumidores obtenerlo mas barato. Luego aqui hay ventaja para el pueblo que consume; y el acaparador, muy lejos de hacer daño ó de causar un mal á la clase proletaria, le proporciona un bien, haciéndole obtener el pan á menos coste. Asi es como se hace el monopolio, así es como los acaparadores engordan con el pan del pobre, segun la frase vulgar, así es como el comerciante perjudica al consumidor. Porque el monopolio de los granos no puede hacerse en general, de la sola manera que po-

Generalmente, los vecinos de un pueblo ven con disgusto á los que se llevan su sobrante de trigo, porque si se lo dejasen, podrian obtenerlo mucho mas barato. Pero esto es hasta cierto punto una preocupacion muy egoísta é inhumana, porque estos hombres deben considerar que si se les toma el escedente de su cosecha, es porque en el pueblo vecino no hay trigo, y sus habitantes no tienen que comer. De consiguiente, al gritar, al declamar contra el comerciante que compra el trigo para hacerlo trasportar allí donde hace falta, obran lo mismo que obraría un bárbaro de la Tartaria, poniendo en práctica aquel refran castellano que dice: *Ni come ni deja comer*.

El monopolio ó acaparamiento es, pues, ventajoso para el comerciante, para el productor y para el consumidor.

Para el primero, porque realiza un beneficio que le paga de su trabajo y le indemniza de sus sacrificios.

Para el segundo, porque impidiendo que el exceso de existencias en un punto haga bajar demasiado los precios, le hace obtener un valor bastante á cubrir los gastos de produccion.

Para el tercero, porque trasportando los granos del punto donde abundan á aquel en que escasean, le hace obtener el pan á menos coste, abaratando el precio del trigo.

De manera, que siendo ventajoso para el consumidor, el productor y el comerciante, el monopolio, muy lejos de ser un mal, es un bien, y sus detractores, cuyos razonamientos se fundan en doctrinas y datos falsos, no pueden, por mas que en ello se empeñen, llegar á demostrar el error que persisten en apoyar.

Para que el monopolio fuese un mal, seria preciso



que se hiciese en grande, con enormes cantidades de trigo, de una manera general; sería necesario que el acaparador tuviese un motivo para guardar en su poder los granos demasiado tiempo.

Pero es casi imposible que todas estas circunstancias puedan llegar á reunirse; es un sueño el pensar, que sea posible dominarlas y llegar á realizar mal de tanta consideración, de tantas consecuencias, de tan tristes y fatales resultados.

En primer lugar el trigo es una mercancía de mucho volumen, de mucho peso, de fácil deterioro en ocasiones, y se necesitarían para almacenarle en tan considerable cantidad, edificios gigantescos, capitales inmensos que ningún comerciante puede llegar á reunir. Pero, aun dado caso que esto no fuese así, aun suponiendo por un momento que pudiera suceder y llegara á realizarse, la opinión pública no consentiría en tamaño atentado, y levantándose el pueblo entero como un solo hombre daría pronto cuenta de los que se atreviesen á atentar de tan descarada manera contra él y la existencia de sus familias.

Volviendo ahora al punto principal que nos hemos propuesto tratar, diremos que de ninguno de los ejemplos citados para el comercio exterior, ni de otros que puedan citarse, es dado deducir que sea mas importante que el comercio interior para la riqueza y prosperidad de las naciones. Basta, para convencerse de ello desde luego, echar una mirada, tanto en nuestro país como en los demás, sobre esa multitud de objetos, fruto de una producción indígena, y compararlas en número y cantidad, con los procedentes del extranjero. El resultado será siempre favorable á la industria y al comercio nacional, es decir, interior.

Mas, no es esto solo. Supongamos por un momento que en España no hay comercio interior. Y teniendo en cuenta las circunstancias del terreno, dividamos la Península en tres porciones ó partes, con arreglo á las cualidades de la superficie. Tendremos así, una porción ó parte de tierra fértil y fácil de regar, otra de terrenos estériles y la tercera compuesta de montañas. En la primera porción, el trigo, los granos todos, las hortalizas, las frutas y, en fin, todos aquellos productos que dan las buenas tierras podrán obtenerse; pero á fuerza de grandes sacrificios, porque careciendo de comercio cada uno se verá obligado á bastarse á sí mismo, y difícilmente si llega á obtener lo bastante para su manutención y la de su familia.

En la segunda porción, es decir, en la parte árida, la producción puede considerarse como nula, y comparable solo á la de los desiertos de la Arabia.

En la tercera, ó sea en la parte montañosa, los bosques no darán mas fruto que sus maderas, algunas frutas y la caza. Quizá á costa de grandes gastos se logre beneficiar alguna parte del monte para hacerle llevar trigo, y esto será todo.

¿Qué resultaría, pues, si esto sucediese?

Estamos seguros de que no habrá quien se atreva á contestar.

Porque como esta suposición es un absurdo, la contestación sería un disparate.

Con el comercio, por el contrario, cada provincia, cada partido, cada término, cada población, cada aldea, produce abundantemente los granos ó mercancías que le son propios, y por medio del cambio se procura fácilmente aquello de que carece y le hace falta.

Con el comercio también, se desarrolla la producción, se aumenta el bienestar general, abaratándose los objetos, y gracias á él, el espíritu de invención, que en el supuesto antes citado vendría á hallarse encerrado en un círculo de hierro, reducido á vejetar y morir, se desenvuelve, se anima, y halla cada día nuevos medios de facilitar la producción y de disminuir los gastos, abriendo nuevas fuentes de riqueza, creando

manantiales de prosperidad y de bienestar para los pueblos.

El comercio exterior, se nos dirá, fomenta la producción interior. Es cierto, contestaremos; pero no debe estimarse esta ventaja en mas de lo que vale, en mas de lo que es en realidad.

El comercio interior es mas importante, debe ser mas atendido, y tenerse mas en cuenta, porque es el que establece la división del trabajo, cuyos grandes resultados se tocan ya en muchos países de Europa y América; es el que fomenta la industria nacional, y es, en fin, el que da al consumidor la facilidad de procurarse aquello que necesita.

JUAN BAUTISTA CANTERO.

## REVISTA DE MADRID.

Madrid está tranquilo

El Carnaval ha sido completamente inofensivo, en la apariencia á lo menos.

El público no ha visto mascaradas *políticas*, por decirlo así, como las que en los años de Narvaez y Espartero, ó sea la noche y la oscuridad, salían por esas calles, ridiculizando á los *cocheros* de la nación, que así puede llamarse á los que tienen en sus manos las riendas del gobierno.

Es verdad que ahora la mascarada no tenía ni el mérito de la novedad, porque ¿qué mas mascarada que?.....

La union liberal continúa gozando el favor del país, y España es una balsa de *aceite*.

Quizá por esta circunstancia hay en España tantos hombres *manchados*.—El *aceite* de la balsa los llena de lamparones.

Decimos *lamparones* por no decir lamparillas, porque esta palabra significa entre cierta clase de gentes *copas de vino*.

No podemos defender la oportunidad de esta aclaración, porque hay moros en la costa:

Y no nos referimos á los moritos rifeños, porque estos, ya se sabe que son uña y carne de los españoles, á quienes, según nos lo pintan los periódicos ministeriales, quieren como á las niñas de sus ojos, desde que Muley-el-Abbas volvió contando los agasajos que aquí les hicimos, y la habilidad de doña Polonia Sanz, dentista de Cámara de S. A. I. por nombramiento imperial del mismísimo imperial, puño del susodicho píncipe imperial.

La única mascarada de circunstancias, ha sido el entierro de la lotería primitiva, cuya pérdida llora aquel mozo de los cuatro millones, cuyo terno arrancó tantos y tan enérgicos ternos á los jugadores no favorecidos.

Siguen los crímenes.

Las víctimas son regularmente mujeres casadas.

Y los asesinos según todo indicio sus maridos.

Ultimamente se han ocupado y aún se ocupan los tribunales en tres ó cuatro crímenes de esta clase.

Para estas infelices víctimas la cruz del matrimonio ha sido la del martirio.

Y á propósito; El agente de matrimonios ha hecho fiasco, como saben nuestros lectores.

Ya nos parecía que habiendo salido bien la Cruz del matrimonio, los matrimonios siguientes saldrían mal.

En el mundo sucede lo propio.

De cada mil matrimonios sale uno bueno por casualidad.

La empresa y los actores del teatro del Circo, se han cansado de divertir á sus amigos, parientes y bienhechores, que constituían el público de aquel teatro.

Lo sentimos por el dueño del local, decidido aficionado de la zarzuela, y para quien era imprescindible necesidad una zarzuela cada noche, lo mismo que para otras personas una taza de café ó una jicara de chocolate.



Esta consideracion nos mueve á aconsejar á los artistas que formaban aquella compañía, que vuelvan á organizarse, y á cantar zarzuelas por mas que, en vista de las entradas poco pingües de aquel coliseo, se les pueda aplicar aquello de: *cuando el español canta...*

En el teatro del Príncipe se deleita el público con la tragedia *Gabriela de Vergy*, obra de aquellas que ponen cada caballo de cristianos como la punta de una bayoneta.

En el teatro de la calle de la Magdalena, las mujeres lloran mucho con el dolor de los personajes de la *Ultima pincelada*, drama, cuyo fin moral debe ser este: «Quien bien te quiera, te hará llorar.»

Pues, como decíamos, Madrid está tranquilo.

Por ahí no se vé mas que gente dichosa, esceptuando por supuesto á los redactores de *El Pensamiento Español*, que no pueden ser dichosos en tiempos en que se toleran bailes de máscaras, entierro de la sardina y otros escesos.

Andando el tiempo, estos sapientísimos y beatos varones habrán de ser canonizados, ó no habrá justicia en el mundo.

El ferro-carril de los Ardides ó de los Alduides continúa preocupando la atencion de muchas personas; á nosotros nos tiene sin cuidado, y solo citamos aquí esta cuestion por su carácter de actualidad, decididos como estamos á señalar en esta revista todos los sucesos *palpitantes*.

La entrada de la Cuaresma ha puesto fin á las *soirées* que desde octubre acá han hecho las delicias de los aficionados á divertirse y regalarse á costa del prójimo.

En estas *soirées* han despertado muchos corazones que dormían, se han unido muchas manos, de las cuales volverán á unirse algunas en el altar, se ha *quitado el pellejo al prójimo* y á la prójima.

Ahora comienzan los conciertos; ahora comienza la *pasion* de Bellini y Rossini y Verdi y Mercadante.

Las niñas aficionadas se preparan ya á favorecer á sus amigos admiradores con espirituales gallos é implumes pavos que desprendidos de gargantas alabastrinas suenan en los oídos de los concurrentes como si fuera música celestial.

Y al llegar aquí, recordamos que hemos tomado la pluma sin contar con una sola noticia que dar al lector siempre curioso.

¿Por qué no hemos de imitar á Pedro Fernandez, y descubrir los proyectos de matrimonio que se han firmado estos dias?

¡El matrimonio!... ¡Qué bueno debe ser el matrimonio!

Decimos esto, porque no lo pueden leer las victimas de dos maridos, en quienes se emplea ahora la justicia.

¡Qué perversidad de alma se necesita para asesinar á una mujer! Y sin embargo, ¡cuantas mujeres mueren asesinadas por vergüenza nuestra!

De estos hechos podríamos deducir consecuencias, y ocupar con ellos gran parte de esta revista, pero el momento no es oportuno.

Prosigamos: Noticias políticas, lo confesamos ingenuamente, no tenemos ninguna.

Verdad es que para nada nos ocupamos en la cosa pública en tanto que no pasen los ocho años de Union liberal con que nos han favorecido nuestra cuenta y el general O'Donnell.

Mientras llega el término del plazo, estamos tan perfectamente tranquilos, como si nos halláramos en aquella famosa Jauja, donde tantos atractivos hallaban la gula y la pereza del hombre.

Cualesquiera que sean los sucesos de Europa, á nosotros nadie nos ha de tocar, mientras la Union liberal y el general O'Donnell tengan la sarten del mango.

Dicen que el Emperador Napoleon ha jurado no *tocar al Papa*; pues á nosotros, ni el Emperador, nuestro leal y consecuente amigo, ni nadie, nos ha de *tocar* mientras no toque retirada el conde-duque, nuestra Providencia.

Y digan Vds. luego que la *CRÓNICA* no es un periódico ministerial.

Ministerial es á macha martillo, ministerial mas que Al-

buerne, que cobra sueldo y alumbra al gobierno con sus luces porque el gobierno le alumbra con el sueldo; mas que Bugallal, mas que Roberts, el distinguidísimo publicista, cuyos talentos literarios nadie puede negar ni conceder, y mas que otros muchos *cam-peones* de la Union liberal.

La *CRÓNICA* todo lo espera del general O'Donnell, hasta el diluvio, el nuevo diluvio, que seguirá indudablemente á su dominacion, y del cual solo se salvarán algun nuevo Noé y un animal de cada familia.

El arca que ha de servir de refugio á los escogidos, la proporcionará el ministro de Hacienda. Será una arca limpia de polvo y paja.

Así, pues, lectores nuestros, hagamos votos porque los ocho años se prolonguen hasta lo infinito, y no pongamos obstáculos á la marcha desembarazada del gobierno.

¿Diria mas el Sr. Rascon?

Hemos subrayado la palabra *desembarazada*, porque no se suponga que con ella queremos decir que el gobierno ha salido de su cuidado, y sigue su camino.

La castidad del gobierno es bien conocida, para que ninguno de los lectores crea que ha podido sufrir *embarazo* alguno.

Y aquí vamos á poner fin á esta revista, prometiendo maravillas para las siguientes.

En este no hacemos otra cosa que imitar al gobierno.

Solamente que procuraremos no imitarle al tratar de cumplir lo prometido.

CÁNDIDO.

## ULTIMAS NOTICIAS.

ESPAÑA.—Continuó ayer en el Congreso su discurso el señor Sagasta, increpando duramente al ministro de la Guerra y al capitán general de Madrid, por la conducta que estos han seguido en el asunto del coronel retirado Sr. Ametller.

El primero de aquellos se levantó á contestar al diputado greguesista, haciéndolo de una manera mas iracunda aun que otras veces, y demostrando que sus acusaciones le habian producido el efecto que sin duda deseaba aquel. El duque de Tetuan terminó manifestando que si el señor Sagasta creia que tan censurable habia sido su modo de obrar, podia formular una acusacion contra él ante la Cámara. Semejante salida, por lo inesperada, escitó la hilaridad de los asistentes que habia en el salon y en las tribunas, hilaridad que, encontrarán muy natural los que conocen lo disciplinado que tiene á la mayoría el ministerio actual.

Pasándose despues á la discusion pendiente del presupuesto del ministerio de Fomento, y habiendo rectificado los señores Valera y Aguirre de Tejada, pronunció un buen discurso el Sr. Polo, censurando la última real orden sobre montes. El señor marqués de la Vega de Armijo que intentó contestar al diputado disidente, tuvo que suspender su discurso por haber pasado las horas de reglamento.

ESTRAJERO.—Un telegrama de Turin anunciaba que Ratazzi encuentra muchas dificultades para sustituir á Córdova que como es sabido hizo dimision del ministerio para que fué nombrado. A la fecha de las ultimas noticias se creia que le sustituiria el general Durando, y que entraria en el de Justicia el senador Poggi.

Se dá como seguro que el nuevo gabinete conservará los presupuestos formados por su anterior.

—La agitacion que continúa tomando incremento en Grecia, parece haberse comunicado á las islas Jónicas, que tratan otra vez de incorporarse al reino helénico.

—Turquía experimenta tambien, y con el mismo motivo, muy serios temores, por lo que concentra fuerzas considerables en la frontera.

—En París despues de las enérgicas medidas adoptadas por el gobierno, ha vuelto á reinar la tranquilidad.

México.—Ningun suceso importante nos comunican ni el correo ni el telégrafo, como ocurridos en aquella república.

Se teme que los celos y la rivalidad de los jefes ingleses y franceses, escitados por la preponderancia del marqués de los Castillejos, produzcan algun conflicto, ó por lo menos esterilizar el resultado de la expedicion.

—El general francés ha pedido refuerzos á su gobierno.

Editor responsable, D. MANUEL MARTINEZ.

MADRID.—Imprenta á cargo de M. B. de Quirós. calle de Hernan-Cortés, 18, pral.